

El Mensajero de María Reina de los Corazones

Honor grande y responsabilidad inmensa

EN uno de sus elocuentes sermones, predicado hace pocos días por el celoso Cura Ecnómico de Totana con motivo de la fiesta de la santa Esclavitud, ponderaba el orador los títulos de nobleza espiritual que puede ostentar esta ciudad por haberla escogido la Virgen María para situar en ella como el manantial de donde parten las celestiales corrientes que llevan a todas partes las salvadoras doctrinas de la verdadera devoción a la Reina de los Corazones. Aquí —decía— ha levantado su trono la Virgen y ha establecido como su oficina especial para el despacho de las fervientes súplicas de los esclavos del mundo entero. Honor grande, inmenso, incomparable, al que nosotros debemos corresponder, trabajando para amar y servir a la Reina y Madre con más fervor que en ningún pueblo, e impidiendo a todo trance, que aquí se la ofenda y ultraje. De no hacerlo así, nos expondríamos a que la Santísima Virgen, levantara de aquí sus reales, y retirara de nosotros esta prenda de las divinas misericordias.

Escuchando la magnífica pieza oratoria de este fervoroso esclavo y sacerdote de María, ampliábamos las palabras del orador, e íbamos aplicándolas a España, en vista de los sacrilegios y de las profanaciones que a diario registra la prensa cometidos últimamente en nuestra amada patria.

España fué la nación predilecta de María. Y desde que tuvimos los españoles la dicha incomparable de recibir la visita de la Madre de Dios, cuando aun vivía en la tierra; desde que en Zaragoza prometió la Virgen al Apóstol Santiago mirar a España con singular benevolencia y no apartar jamás de este suelo